RAYMOND B. CRAIB, *México cartográfico. Una historia de límites fijos y paisajes fugitivos*, México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas / Instituto de Geografía / Centro de Investigaciones sobre América del Norte, 2014, 366 páginas.

La obra en comento, publicada originalmente en inglés en 2004, explica los procesos sociales de la definición del espacio, la forma en que se fueron construyendo imágenes gráficas o descripciones sobre la geografía y la manera en que estas representaciones fueron naturalizadas, centrándose en particular en el estado de Veracruz. El libro, dividido en siete capítulos más una introducción y un epílogo, muestra la variedad de actores que participan en la construcción del espacio: el Estado con su obsesión por mensurar; los agrimensores, ingenieros y cartógrafos como intermediarios entre el Estado y las poblaciones locales, pero también cargados con sus convicciones e ideologías; y los habitantes de las localidades que tuvieron un papel fundamental en la definición de su propio territorio.

Una investigación que se aleja de la historia tradicional y que –según Raymond Craib– quizá no tiene la fuerza narrativa de los acontecimientos extraordinarios que por

lo común atraen a los estudiosos, pero que no por esto es menos dramática. Es precisamente el énfasis en lo social que pueden tener las prácticas científicas, como medir, trazar y cartografiar, en general comprendidas como objetivas y neutrales, lo que hace de la investigación del autor un trabajo interesante e inquietante para los lectores. A lo largo de sus páginas, el historiador estadounidense estimula el análisis de los conflictos y dialécticas originadas entre estos diversos actores y significados atribuidos al espacio; a la reflexión sobre las tensiones entre la necesidad del Estado por saber y la falta de conocimiento geográfico, y a comprender la distancia existente entre las exigencias de las autoridades federales y las preocupaciones cotidianas de los pueblos.

El primer aporte de esta obra es ejemplificar, a través de casos concretos, lo que señala Élisée Reclus en el epígrafe que el autor incluye en la introducción, y que alude al carácter mutable de la geografía como resultado de la acción del hombre; es esta condición la que hace del espacio una realidad sujeta a múltiples significaciones según el actor que lo definiera y el momento en el que lo hiciera. Es esta posibilidad de cambio la que conecta la espacialidad con la temporalidad, y permite a la geografía ser objeto de estudio histórico. Sin embargo, y como bien explica el autor, los vínculos entre Geografía e Historia también han sido una herramienta para construir o defender un determinado significado del espacio. Así lo demuestra el análisis que realiza el autor en el primer capítulo sobre la carta general de México elaborada por el geógrafo y cartógrafo Antonio García Cubas. Su cartografía fue un esfuerzo por dar a México una imagen concreta, un territorio delimitado, pero además de otorgarle a esta geografía una narración que vinculara el presente y el pasado de la nación mexicana. La inclusión en la carta de Antonio García Cubas de imágenes de paisajes, la mitología fundacional de México, entre otros, junto con la representación de la geografía mexicana fijada en la grátícula, constituía a la nación y al territorio mexicano como realidades naturalizadas y no construidas.

Los usos de la historia para hacer valer un determinado significado del espacio también se vieron reflejados años después, luego de la promulgación de la ley de la Reforma Agraria por Vetustiano Carranza. La restitución, uno de los mecanismos para solicitar la devolución de un terreno que se concebía como usurpado ilegalmente en el pasado, exigió a los habitantes una revisión de la documentación histórica para construir una argumentación que legitimara el dominio sobre el territorio que exigían. El énfasis puesto en la elaboración de una narrativa sobre el pasado ocupó un papel mucho más importante que la medición científica, conclusión que resulta significativa y que permite analizar el proceso de reforma agraria mexicano desde otra perspectiva, en el que la distribución de la tierra se veía más vinculada con la historia nacional antes que con el Estado revolucionario. Ejemplos como la carta de Antonio García Cubas o las reposiciones permiten reflexionar sobre la relación entre el espacio y la temporalidad, conexión de la cual fueron conscientes quienes intentaban definir la realidad geográfica, tal y como Raymond Craib lo demuestra. El dominio sobre el pasado significó también la proyección de la posesión del territorio. Pero en *México cartográfico*, además, se nos ofrece el proceso opuesto en que la fijación de los espacios en la cartografía significó la negación de la geografía histórica de los habitantes. Como lo demuestra en el capítulo "Lotes regulares", en el que la repartición de tierras no podía atarse al pasado respondiendo totalmente al contexto local, pero al definir un espacio estático no podía tampoco prever el futuro. Se construía así un terreno fijo, que ignoraba que los espacios cambian con el

tiempo, independiente de la acción del hombre, como bien lo reflejan las distribuciones de terreno en Acutzlingo en que las tierras deslindadas como de riego se transformaron en las décadas siguientes en tierras de temporal. El análisis desde esta perspectiva de las prácticas de medir, trazar y cartografiar resulta significativo, pues permite observar el resultado de las mediciones en otros niveles, en contextos locales, en los que la visión, quizá más edificante, del Estado que construye el territorio nacional a través de la práctica científica, poco tuvo que ver con las consecuencias concretas para los habitantes.

La visión del autor es un aporte y estímulo para analizar otros contextos latinoamericanos—como el caso de Chile, Perú o Argentina— en los que se ha explicado el trabajo de científicos en la construcción del territorio, pero poco se ha examinado sobre las consecuencias locales de su quehacer, y si el significado de sus prácticas fue algo más que la construcción de un relato que legitimara a los estados nacionales.

Una segunda contribución la constituye el análisis del papel de los habitantes de los pueblos en la definición del territorio que ocupaban. Aquí explica que la necesidad del Estado de medir, satisfecha a través de la contratación de agrimensores, cartógrafos e ingenieros, no se materializó en un espacio vacío. Como bien lo demuestran los ejemplos anteriores, era una realidad geográfica plasmada de significados, y —aún más complejo— de interpretaciones contrapuestas. La participación de los habitantes no solo se dio en la disputa por la hegemonía de una visión del espacio sino, también, en la práctica misma de trazar las líneas que separaban a un pueblo de otro, como bien lo refleja el caso de Tonayán y Chapultepec. Durante este proceso de deslinde los habitantes acompañaron al alcalde de Naolinco, designado para resolver la disputa, recorriendo juntos el terreno, dibujándolo y poniendo las señales que identificaban el límite. La participación de los locales también se muestra a partir del análisis de los guías, importantes actores en el proceso de relevamiento territorial y que han sido poco estudiados por los académicos que investigan las prácticas científicas realizadas por los funcionarios del Estado.

Valorar los aportes locales en la definición y construcción de la geografía constituye una importante contribución a la historiografía, sobre todo porque permite ampliar el análisis más allá de los resultados concretos que pudieron haber tenido las prácticas de definición territorial, apreciando los aportes de otros protagonistas a los que por lo general no se les reconoce en los productos finales como mapas y escritos. Además, permite problematizar los esfuerzos del Estado por medir, trazar y cartografiar, comprendiendo que estas prácticas no fueron impuestas desde arriba, que en estos intentos las autoridades y científicos encontraron limitaciones y que la intervención de los habitantes fue fundamental ya fuera para hacer primar su interpretación del espacio o para orientar las actividades de los funcionarios.

Otro aporte de *México cartográfico* consiste en destacar la relevancia del científico —ya sea el agrimensor, cartógrafo o ingeniero— en el proceso de definición y codificación territorial. Comúnmente estos actores han sido descritos como una figura que materializa de manera neutral las aspiraciones de las autoridades estatales, y cuyo estatus científico lo hacen permanecer ajeno tanto al espacio como al contexto social en el que desenvuelven su quehacer. En su obra Raymond Craib demuestra lo contrario, permitiendo aproximarse a estos actores no como funcionarios pasivos de las autoridades ni como prolongaciones de los instrumentos de medición. Todos elementos de los cuales los habitantes fueron conscientes, pues tal y como lo explica el autor, la designación del

agrimensor era una preocupación local que no era indiferente, aspecto que queda reafirmado en la atención que pusieron los terratenientes a los agrimensores en el contexto de la reforma agraria, pues eran ellos los encargados de hacer realidad las promesas del Estado revolucionario.

El análisis que el autor realiza sobre estos actores permite apreciar el aspecto social del quehacer científico, pues aborda la producción del conocimiento considerando tanto la interacción con los habitantes como la consciencia de los científicos de estar realizando un trabajo sobre lo que él llama un terreno vernáculo, es decir, cargados de significados y usos. Es la figura del agrimensor, cartógrafo o ingeniero, con sus ideologías y convicciones, quien debía cumplir la misión de relacionar los conocimientos locales con la información más amplia que el Estado requería.

El estudio del espacio como una realidad en permanente construcción y también en disputa constante por parte de los distintos actores, junto con el afán del Estado por ordenar y establecer una definición concreta del territorio, permiten adentrarse en la tensión existente entre lo que Raymond Craib llama paisajes fugitivos, esos espacios “improvisados, indeterminados y administrativamente intangibles” y la ilusión de la fijeza que el Estado intentó imponer. Este problema puede constituir un punto de partida pertinente para abordar un problema del cual el autor de *México cartográfico* también se hace cargo, como lo es el abismo existente entre la realidad de lo que llama paisajes de papel, plasmado en textos y cartografías, y los hechos físicos. La investigación de esta problemática resulta aún más relevante si se considera que esta contradicción no solo existió de manera aislada en el proceso de definición del espacio veracruzano sino que, también, se extendió por otras geografías. Así lo demuestran las disputas internacionales que se han desarrollado en América, particularmente entre Chile y Argentina, en el que las disposiciones de los acuerdos y de los laudos arbitrales han estado en constante contradicción con la realidad geográfica.

Quizá el exhaustivo análisis que hace Raymond Craib del caso de Veracruz sin realizar un ejercicio comparativo con otros estados sea una de las principales observaciones que puedan realizarse a la obra, en especial si se considera que el título pretende abarcar –tal vez de una manera ambiciosa– una dimensión más amplia como lo es la construcción territorial de México entre los siglos XIX y XX. Aunque el autor explica en la introducción que centrar su análisis en Veracruz se justifica por la importancia que tuvo este Estado durante los años estudiados, que en la época se tradujo en una mayor atención por parte del gobierno nacional, se extraña un examen de otras realidades para apreciar las diferentes dificultades, significaciones y estrategias que se utilizaron para resolver la disputa por la definición territorial.

En la obra de Raymond Craib la importancia de Veracruz, tanto en la época como en el mismo trabajo del autor, la hace aparecer como una realidad aislada que hubiera sido esclarecedor vincular con el desenvolvimiento de procesos similares en otras geografías que también hayan sido objeto de atención por parte de las autoridades o, más aún, qué sucedió con aquellos territorios que estuvieron al margen del interés estatal. La dimensión comparativa con otros estados también hubiera sido útil para explicar cómo estas diferentes significaciones espaciales se integraron en la idea de un territorio nacional mexicano y qué disputas existieron en este proceso. Por último, el énfasis puesto en Veracruz hace aparecer el primer capítulo de la obra, en el que analiza la carta general

de Antonio García Cubas, como una historia aparte de la construcción territorial del Estado-nación mexicano, que conserva escasa continuidad con el resto de la investigación.

Más allá de esta observación, esta obra aborda un aspecto del pasado que tiene un importante valor para el presente. La actualidad de su objeto de estudio es rescatada tanto en la introducción como en el epílogo, en los que el autor se refiere al intento del presidente mexicano Miguel de La Madrid en 1985 por realizar un catastro rural, que se vio frustrado por la incongruencia entre los registros de los cuales se disponían y la realidad existente en el terreno; y también a las reformas de 1992 respecto a las tierras ejidales que, si traen consigo nuevas fijaciones espaciales, puede volverse a la historia del estado de Veracruz para iluminar sobre las problemáticas de este proceso. Reflexionar sobre las definiciones y redefiniciones del espacio, los múltiples significados de este y enriquecer el análisis incorporando a actores comúnmente ignorados, no solo es una oportunidad para la investigación histórica sino, también, para reflexionar sobre problemáticas vigentes respecto a disputas territoriales. Para el contexto chileno actual, en el que se enfrenta una demanda marítima por parte de Bolivia, *México cartográfico* constituye una obra estimulante que invita a cuestionar las nociones fijas y herméticas que comprenden el territorio como una realidad inmutable, y que, a lo largo de la historia, los intentos del Estado por fijar el espacio muchas veces se han convertido en frustraciones como consecuencia del encuentro con estos paisajes fugitivos, tal y como lo demuestra el ejemplo de Veracruz.

MACARENA RÍOS LLANEZA

Instituto de Historia

Pontificia Universidad Católica de Chile

⁴³ Para un diagnóstico sobre nuevas aproximaciones, véase Diego Armus, “La enfermedad en la Historiografía de América Latina Moderna”, en *Asclepio*, vol. 54, N° 2, Madrid, 2002, pp. 41-60 y Mariola Espinosa, “Globalizing the History of Disease, Medicine, and Public Health in Latin America”, in *Isis*, vol. 104, N° 4, Chicago, December 2013, pp. 798-806.

⁴⁴ Diego Armus, *Disease in the History of Latin America: From Malaria to AIDS*, Durham / London, Duke University Press, 2003.